

El tío Marchani

Se le ha recordado en alguna ocasión al hablar de la calle Ancha. Era un hombre de media alzada, gordo, flemático y ahora comprendo que de buen carácter, bonachón. Cuando me asustaba de él, de su soledad, contagiado del miedo de los demás, no podía considerarlo así.

Estaba viudo y vivía solo en la casa de más aca de Pedro Caglera. Su puerta era un póstigo de tres tablas y había un hondo al entrar.

Su presencia solitaria más bien entristecía que alegraba la caseja, como las casas abandonadas y abiertas que imponen y respetan mucho más que las ocupadas y cerradas, sobre todo de noche.

Le recuerdo en el verano que cenaba en la puerta lo que él mismo se preparaba. Ponía dos sillas bajas en la cuneta. Una le servía de mesa y la otra de asiento, con el jarro al pie.

Cenaba con calma, tal vez lo hacía todo calmosamente. Recogía las cosas al acabar y se entraba, dejando un silencio y una quietud tan grandes detrás, como de vacío, que amedrentaba.

Las vecinas que permanecían al fresco hasta las tantas, a veces hasta las once de la noche o más, cuchicheaban asustadas y el sereno, que había cantado las diez en la Cruz, pasaba arrastrando el chuzo del farol. ¡Qué tristeza tan grande envolvía esos momentos de la prima noche estival! Pero el más persistente y medroso era el del vecino solitario y su sombra, alejado de todo, moviéndose en las tinieblas e internándose en las tenebrosidades de su caseja.

Cuando se murió fue la hija con todos los chicos a ocupar la vivienda que, naturalmente, era suya y volvió a calentar el nido que al padre se le había quedado helado. La sombra del buchoncete anciano se extinguió para siempre. ¿Quien podría recordarla ni para qué? La naturaleza elimina lo inútil y la Humanidad, infinitamente más cruel que la naturaleza, lo tortura hasta aniquilarlo.

Solo al final se ve con claridad y se comprende la amarga realidad del tío Marchani y la suprema razón del excepticismo de los viejos ante la gran verdad de la vida que es la mentira de todo.

Más temprano o más tarde todos llegamos a ser un poco el tío Marchani, pero hasta que no se llega no se puede comprender ni sentir con ternura su grande, su inmensa y triste soledad.